

«En fuga irrevocable huye la hora / pero aquella el mejor cálculo cuenta / que en la lección y estudios nos mejora». En esta invitación gloriosa a la lectura, recuerda Quevedo la costumbre latina de marcar con guijarros los días que habrían de recordarse en el futuro como especialmente felices. Porque, en latín, cálculo no significaba operación matemática, sino piedrecilla, y fueron muchos los científicos que las emplearon antes de que apareciesen los números. Conocer el sentido primigenio de la expresión no nos abrirá las puertas de la aritmética, pero nos sitúa en la historia. La etimología es un arte en equilibrio: como funambulistas, quienes prestan atención al origen de las palabras viven al borde de un abismo al que es muy fácil caer; basta con dejarse llevar por uno de los argumentos populares que atribuyen, por ejemplo, al vagabundo el castigo de «vagar mundos», o por una idea previa y bondadosa de la realidad, como la que vincula la *universidad* a lo universal, y no al sindicato de profesores y estudiantes que era la «*universitas*».

El paraíso perdido de José Antonio Pascual

Javier Fresán



José Antonio Pascual (Salamanca, 1942) lleva toda su vida trabajando al filo de las palabras. Mucho antes de ir a aprender de estas cosas con el maestro Corominas y de componer a su lado el *Diccionario Crítico Etimológico*, cicerones de la talla de Luis Michelena, Manuel Moya o José Luis Pensado lo habían conducido por los dominios de la Lingüística histórica. Ahora sigue en vilo con las palabras, tratando de sacar adelante un *Nuevo Diccionario Histórico* de la Real Academia Española, en la que ocupa el sillón «k». Entre estos dos momentos median más de un centenar de libros y artículos, que le valieron en el año 2008 el premio nacional de investigación «Menéndez Pidal».

Suele quejarse Pascual de su falta de memoria, que comprendió muy pronto, cuando de niño olvidaba las declinaciones precedentes al aprender una nueva. Sin embargo, cuando pienso en él me viene en mente alguna de esas representaciones renacentistas de la Memoria como una mujer de dos caras: una orientada hacia el pasado, la otra con los ojos vueltos al presente. Habrá en el mundo un puñado más de personas que conozcan como el profesor Pascual los entresijos del castellano antiguo, pero nadie arroja ese conocimiento hacia el presente con idéntica inteligencia y finura. A nadie se le ocurriría usar una imaginación y sentido inductivo más propios de la novela negra que de la filología más ortodoxa para explicar qué es un diccionario diseccionando una columna de Millás, o para titular un artículo «La idea que Sherlock Holmes se hubiera hecho de los orígenes del español americano».

—¿Qué recuerdos tiene de su llegada a esa mítica Facultad de Letras de la Universidad de Salamanca de los años sesenta?

—Para mí es ciertamente mítica —por decírtelo con un término moderno que veo que te gusta—. Llegué a ella desde un colegio en el que las humanidades prácticamente no existían. Había estudiado arte sin ver un cuadro, y literatura, sin leer un libro, salvo los de tapadillo de la «Enciclopedia Pulga». Aunque parezca una barbaridad, al terminar el bachillerato, no sabía quién era Antonio Machado y me costaba un grandísimo esfuerzo escribir. Soy, como puedes ver, un caso claro de falta de vocación, pues fui a la Universidad a estudiar Filología por la única razón de que algunos miembros de mi familia eran profesores de Literatura; así que pensé que esto de la enseñanza podía ser una buena solución para un futuro en el que en algo tendría que trabajar. Debo ser un caso raro, pues parece que todo el mundo se ha trazado su vida con regla y cartabón. El hecho es que, llegando con tan pobre equipaje, me encuentro de repente con toda la libertad del mundo para hacer algo tan atractivo como asistir a clases llenas de interés,

Las carencias se pueden suplir por el entusiasmo, pues nada hay que le impida al ser humano saltar un pelín por encima de su sombra.

ir a la biblioteca, o pasear y hablar con los amigos por el puro placer de hacerlo. ¡Cuanto influyeron aquellos amigos de la Universidad en mi formación!

Los primeros años forcé mucho las lecturas: dedicaba al principio más tiempo a las novelas y a las obras de teatro o a la poesía que a los manuales. Pero disfrutaba muchísimo de profesores que me abrieron la puerta a la lectura de Huizinga o de Bataillon o de Sarrailh y, claro está, de Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz. Profesores llenos de decoro, como Fernando Lázaro, que nos explicaba una gramática coherente o Miguel Artola, que presentaba a sus alumnos un panorama completísimo de la historia de España desde la Edad Media hasta el período contemporáneo, y muchos otros que merecerían ocupar una parte importante de la entrevista. ¡Si pudiéramos hacer comprender a los jóvenes lo que el aprendizaje tiene de diversión, de placer! Me encontraba feliz, al final de la adolescencia, en el juego del aprendizaje. Por ello el paraíso en que me suelo refugiar es el de ese tránsito de la adolescencia a la juventud, no el de la infancia. Recuerdo aquella como la época más hermosa —bonito ha adquirido en estos tiempos otras connotaciones— de mi vida.

La ruta de la excelencia

—¿En qué consistía entonces la formación canónica de un filólogo?

—La ruta de lo que ahora se llama «excelencia» exigía, en primer lugar, partir de una buena *ratio studiorum*, cosa que a mí, ya de entrada, no me ocurría. Ahí se notaba mucho quiénes venían de los jesuitas o de un buen instituto o colegio, pues llegaban a la Facultad de Letras con una gran ventaja. Pero las carencias se pueden suplir por el entusiasmo, pues nada hay que le impida al ser humano saltar un pelín por encima de su sombra: quienes no disfrutábamos de esas buenas condiciones de partida —no fui yo el único al que le ocurrió esto— recuperamos el tiempo perdido adentrándonos por la lectura como si se tratara de una droga (y por la música, el

cine y los viajes). Una literatura que tratábamos de comprender con unas armas que creíamos haber encontrado en los *comentarios de texto* que se practicaban a principios de los sesenta. A ello no fue ajeno Fernando Lázaro, que supo orientarnos por la refinada manera de acercamiento a las obras literarias que practicaban Amado Alonso, Dámaso Alonso, Leo Spitzer o incluso los formalistas rusos. De ahí uno podía pasar por su cuenta a *Mímesis* de Auerbach o a los *Siete tipos de ambigüedad* de Empson, que se podía encontrar en la Librería Cervantes en Salamanca, en inglés y en italiano, y hasta a empacharse de la crítica literaria marxista.

Era un esfuerzo que orientaba a la comprensión de lo que leíamos, que era de todo y casi todo prohibido: junto a *Aurora Roja*, *AMDG*, *La Regenta*, los *Complementarios* de Machado, del que se publicó por entonces una edición reducida, y mucho Unamuno, todo Valle y Faulkner, Proust, Steinbeck, Dino Buzzati, *Demian* y *El lobo estepario* de Hermann Hesse, la traducción de Dámaso Alonso del *Retrato de un artista adolescente* de Joyce, no el *Ulises*, Kafka, Camus, Sartre, *Las memorias de una chica formal* de Simone de Beauvoir, la poesía y, sobre todo, la prosa de Paul Valéry, Arturo Barea, *Las afueras*, *Tiempo de silencio*, *Los bravos*, *Nuevas amistades* o *El Jarama*, todo el teatro que aparecía en la revista *Primer Acto* y la poesía de Blas de Otero. Nos atrevíamos incluso con libros tan abstrusos como *Prismas* de Adorno. ¡Yo, al menos, me libré de Heidegger! Pero, lecturas aparte, recibíamos una buena formación en las aulas, orientada mucho más que ahora a la Lingüística histórica. Un enfoque contra el que en principio estábamos los alumnos, que pensábamos que el historicismo en materia de lengua era algo anticuado, sin interés, pues lo que «nos ponía» era la descripción que el estructuralismo hacía de la lengua actual o el enfoque estilístico de los textos. Es curioso cómo se ha mantenido el desprestigio de lo histórico: vuelven nuestros alumnos a tomarlo como algo residual e innecesario. ¡Algo habremos hecho nosotros para que siga ocurriendo!

En esas circunstancias aterriza en Salamanca José Luis Pensado, catedrático de Filología Románica, huyendo de Oviedo, donde algunos alumnos le habían hecho la vida imposible. Era un magnífico investigador, competentísimo, pero como profesor le faltaban claridad y orden y se excedía en las minucias. Y lo peor es que suspendía mucho. Logró llevar en la Universidad de Salamanca el estudio de la Filología románica a un nivel muy alto. Pocos romanistas españoles han podido compararsele: Corominas, Michelena, Carmen Pensado y pocos más. Yo, que me sentía más cómodo en la literatura, en la que empecé trabajando con Fernando Lázaro, terminé seducido por la Lingüística histórica. Y en esa seducción participó

una persona que casi acababa de leer la tesis doctoral: un maduro pero jovial profesor que aparecía una vez al año por Salamanca para hablar de Lingüística vasca, que nos convenció a mis compañeros de curso y a mí de que la Lingüística histórica no era un antigualla que hubiéramos de soportar, sino una auténtica ciencia. Se trataba de ese Luis Michelena que te acabo de citar. A él le debo muchísimo: con solo una conversación al poco de conocerlo nos hizo ver a mí y a mis compañeros de curso que lo que nos enseñaba José Luis Pensado era algo que realmente merecía la pena.

—¿Cómo era Michelena?

—Piensa en una persona que siendo muy joven, nada más terminar el bachillerato, se alistó durante la guerra en un batallón vasco. Creo que llegó a ser teniente. Hecho prisionero, fue condenado a muerte. Tiempo después, tras licenciarse, conoció a Antonio Tovar, que se dio cuenta de que Michelena tenía en su cabeza toda la Filología vasca. Por eso año tras año daba en Salamanca unas cuantas conferencias sobre el vasco, a lo largo de poco más de una semana, que aprovechaba también para ponerse al día en las bibliotecas de la Facultad leyendo aquellas novedades que no habían llegado a la estupenda biblioteca del *Seminario Julio de Urquijo* de San Sebastián, que se había leído por entero. Era ya por entonces, a pesar de no estar amparado por el título de catedrático, un investigador muy prestigiado, al que daban un trato muy especial los profesores de la Facultad. El resto del año, es decir casi todo él, iba viviendo de sus clases en una academia de Irún; eso sí, muy apoyado por su mujer, Matilde, una excelente persona que acaba de fallecer.

Para que nos hagamos una idea de la altura de este científico, el mismo manual de *Gramática histórica española* que yo tardé un año en aprender, con gran esfuerzo, a base de fichas y resúmenes y que casi llegué a odiar, Michelena lo devoró en un par de tardes. Se lo había proporcionado, cuando estaba en la cárcel de Burgos —la que él irónicamente llamaba su universidad—, Francesc Jordá, anarquista condenado a muerte y luego catedrático y decano de Salamanca. Al leer Michelena ese libro comprendió inmediatamente que allí se encontraba el modelo para el estudio científico del vasco. Fue él quien me amplió el marco metodológico de lo histórico, cuyos cimientos había sentado José Luis Pensado, empezando por hacerme comprender el por qué de lo que yo estaba estudiando. No está mal cuando ves profesores que se jubilan sin haberse enterado aún de las razones por las que su disciplina es la que es.

Michelena también me influyó mucho por el lado de la ética y de la política. En ese momento muchos antifranquistas

—incluso los que no éramos militantes— pensábamos que el marxismo era la única posibilidad para salir algún día del franquismo. He de reconocer —quizá haya alguien que quiera que me ponga de rodillas y me arrepienta— que llegué a leer incluso a Ilya Ehrenburg, para el que los obreros eran la buena gente y malos los directivos, de forma que luego me costó poco adherirme a ese realismo social que aparecía en la obras de personas que llegué a conocer como Isaac Montero o Daniel Sueiro. El marxismo era para mí, que no tenía nada que ver con el «partido», una especie de nueva teología, que me había llevado a sustituir la fe por la dialéctica. La primera vez que Michelena me oyó pronunciar esa palabra saltó del asiento: su conocimiento del marxismo no era un asunto libresco, sino que sabía de primera mano sus resultados a través de una realidad que yo me había construido, en cambio, gracias a la propaganda de uno y otro signo.

Del talante ético de Michelena te dará cuenta una anécdota en la que no salgo bien parado: el asesinato de Carrero Blanco me cogió trabajando en la Biblioteca Nacional; regresé a Salamanca en cuanto pude. Lo primero que hice, tras pasar por casa, fue irme a ver al filólogo con una botella de champagne en la mano. Me cerró casi con violencia la puerta, tras decirme: «Se ha abierto la caja de los truenos». «Pero esto es el comienzo del fin de Franco, Luis», le respondí. «No es la muerte lo que nos va a dar la vida» fue su réplica. *Quel giorno più non vi seguimmo avante...* Al final esa botella no la bebió nadie.

Un aprendizaje impagable

—Quizá uno de los secretos de aquella Facultad fuera la mezcla de investigadores consagrados con jóvenes llenos de talento que llegaban con ganas de aprenderlo todo.

—Lo de los investigadores consagrados es cierto y lo de las ganas que teníamos los jóvenes de aprender, también; pero yo no me he considerado nunca otra cosa que un buen artesano. Lo aprendí muy pronto y a las bravas cuando, recién licenciado, acepté el reto de participar en unas jornadas científicas entre profesores como Fernando Lázaro, Martín Ruipérez, Manuel Díaz y los tan repetidos aquí Michelena y Pensado. «Empiezas tú exponiendo, José Antonio», te dicen. Y yo, tratando de *éblouirlos*, propuse una nueva explicación para la formación del plural en italiano, que tardé más de un mes en preparar. Me pusieron verde y casi me entra una depresión.

—Pero ese aprendizaje es impagable...

—Me di cuenta de que investigar no era tan fácil como parecía, de que no servían las ocurrencias. Desde entonces, si un artículo me sale mal no será porque no le haya dado mil vueltas. Quizás en algunos de mis trabajos busque acercarme

a la divulgación porque pienso: «Cuidado, como no voy a poner una pica en Flandes, mejor será moverme en este nivel», aunque hay áreas en las que tantos años de investigación me hacen sentirme muy seguro y orgulloso de lo que hago: no he ahorrado para conseguirlo ningún esfuerzo y no dejo de encontrar un gran placer en los pequeños descubrimientos; pero sé también los límites en que me muevo: quien ha tenido los maestros que te he citado y los ha completado con Corominas, sería totalmente tonto si no fuera un poco humilde.

Como te decía antes, tuve también la enorme suerte de estudiar en una Facultad que funcionaba muy bien. Teníamos un Plan de Estudios en que uno no se examinaba de tercero, cuarto y quinto, sino que, al final del quinto año, durante una semana se daba cuenta de las asignaturas de todos los cursos, tras lo cual se defendía una tesina. La entregué a última hora y Lázaro Carreter, que era mi director, me dijo: «Mire usted, se la dejo presentar porque, de otra forma, no le servirían todos los exámenes que ha hecho, pero está fatalmente escrita». De esa tesina hice un resumen que presenté a un premio sobre Baroja convocado para jóvenes investigadores, pero me lo devolvieron diciendo que no se entendía nada de lo que había escrito. Oigo decir que cada vez viene la gente peor preparada, que los jóvenes de hoy en día no saben escribir, pero nadie suele añadirme que eso también le había ocurrido a muchos de nosotros.

Aquella universidad de Salamanca de los años sesenta se mantenía, sorprendentemente, por encima de la barbarie, con un modelo de trabajo que parecía continuador del que habían impuesto los miembros de la Junta de Ampliación de Estudios, que de algún modo hubo de influir en nuestros viejos y jóvenes profesores. Se trataba de una universidad en la que los temarios estaban homologados, con más o menos penuria, con lo que se hacía en el resto del mundo. No había gato por liebre: allí íbamos a aprender las leyes fonéticas o la estructura oracional, no a que nos movieran unamuniana y paternalistamente las conciencias. Estas ya las movíamos nosotros por nuestra cuenta, mientras encontrábamos en las bibliotecas de la Facultad de Filosofía y Letras los medios para prepararnos científicamente.

—No hay que pensar, sin embargo, que ese era el modelo estándar de la Universidad española del momento.

—En ningún caso. Simplemente fueron juntándose en Salamanca una serie de personas decididas a transmitir sus conocimientos, que eran muy respetuosas con los jovencísimos profesores que iban cayendo por allí. Entre ellos quiero destacar a un lector de italiano, Franco Gabriele, del que aprendí muchísimo: no solo me animó a leer la *Commedia* de Dante o el *Decamerón*, orientándome con los trabajos de Vittore Bran-

ca, sino la obra de Italo Svevo o Pavese, junto a muchos otros poetas italianos de entonces, guiado ahora por las ideas de su maestro Edoardo Sanguineti. A Sanguineti lo he conocido hace muy poco, y mantenía el mismo aire de vanguardia en la conversación que el que recuerdo de sus escritos. Gabriele me llevó incluso fuera del marco del italiano a lecturas como la de Musil, que me interesó muchísimo, a pesar de ser yo por entonces un adicto a la obra de Thomas Mann.

En el año 64 leí a Francisco Ayala y a Torrente Ballester, aconsejado por Ricardo Senabre, y mucha literatura latinoamericana gracias a Joaquín Forradellas, que luego hizo un trabajo excelente en la edición del *Quijote* dirigida por Francisco Rico. Nunca podría agradecer todo lo que debo a Manuel Moya, con quien tuve una fraternal amistad. En tercero de carrera —¡en tercero!—, cuando yo ponía como ejemplo claro de distopía la posibilidad de tener alguna vez en la mesilla los *Orígenes del español* de Menéndez Pidal, Moya logró que leyera esta obra —que luego ha pasado mucho tiempo en mi mesilla—. También la *Introducción al estudio de la Lingüística Románica*, de Meyer Lübke, los *Prinzipien* de Hermann Paul (en una traducción al portugués), *La fragmentación lingüística de la Rumania* de Wartburg, así como manuales de Fonética Histórica para el occitano, catalán, portugués, francés e italiano. Para un no especialista estos libros no dicen nada; pero un profesional podrá darse cuenta de lo que cuesta digerirlos. Por ello fueron la prueba de fuego de que aquel joven estudiante que había llegado a la Facultad de Letras sin ninguna vocación, estaba empezando a recorrer apasionadamente los caminos por los que discurre la Lingüística histórica. Un poco después vinieron las obras de Meillet, Benveniste y las, por entonces innovadoras en el dominio de los históricos, de Martinet. Algo más tarde pude leer bastantes artículos de Jud y de Scuchardt.

Aquellos jóvenes profesores que nos abrían tantas puertas a los alumnos se integraban bien en una facultad en que Manuel Díaz y Díaz enseñaba a trabajar con los textos latinos y Martín Ruipérez, que explicaba Fonética y Fonología en Filología Moderna, nos acogía a unos cuantos alumnos de Filología Románica en sus clases. Cuanto sé del estructuralismo a él se lo debo. Vuelvo a repetirte que he de dejar, en estos recuerdos fragmentarios que se me van abriendo poco a poco, a muchos profesores en el tintero. Cerca de nuestra Facultad de Letras, en la de Derecho, estaba Enrique Tierno Galván, a cuyo seminario de los viernes asistía como espía un policía que no lograba enterarse de las sutilezas dialécticas del «viejo profesor». Al poco tiempo llegaron Lorenzo Martín Retortillo o Francisco Tomás y Valiente, con el que iba a correr algunas maña-

nas por las frías orillas del Tormes, antes de que nos lo arrebatase la fría crueldad de unos seres despreciables.

Aunque la Facultad de Letras era muy moderna para la época, gracias a la inteligencia y al esfuerzo de Antonio Tovar, uno de los rectores a los que más debe el Estudio salmantino, creo que se trata de una casualidad que coincidieran allí estos y muchos otros profesores, marcados por el sentido del decoro. En esa universidad tuve luego la suerte de ser profesor desde el momento mismo en que me licencié.

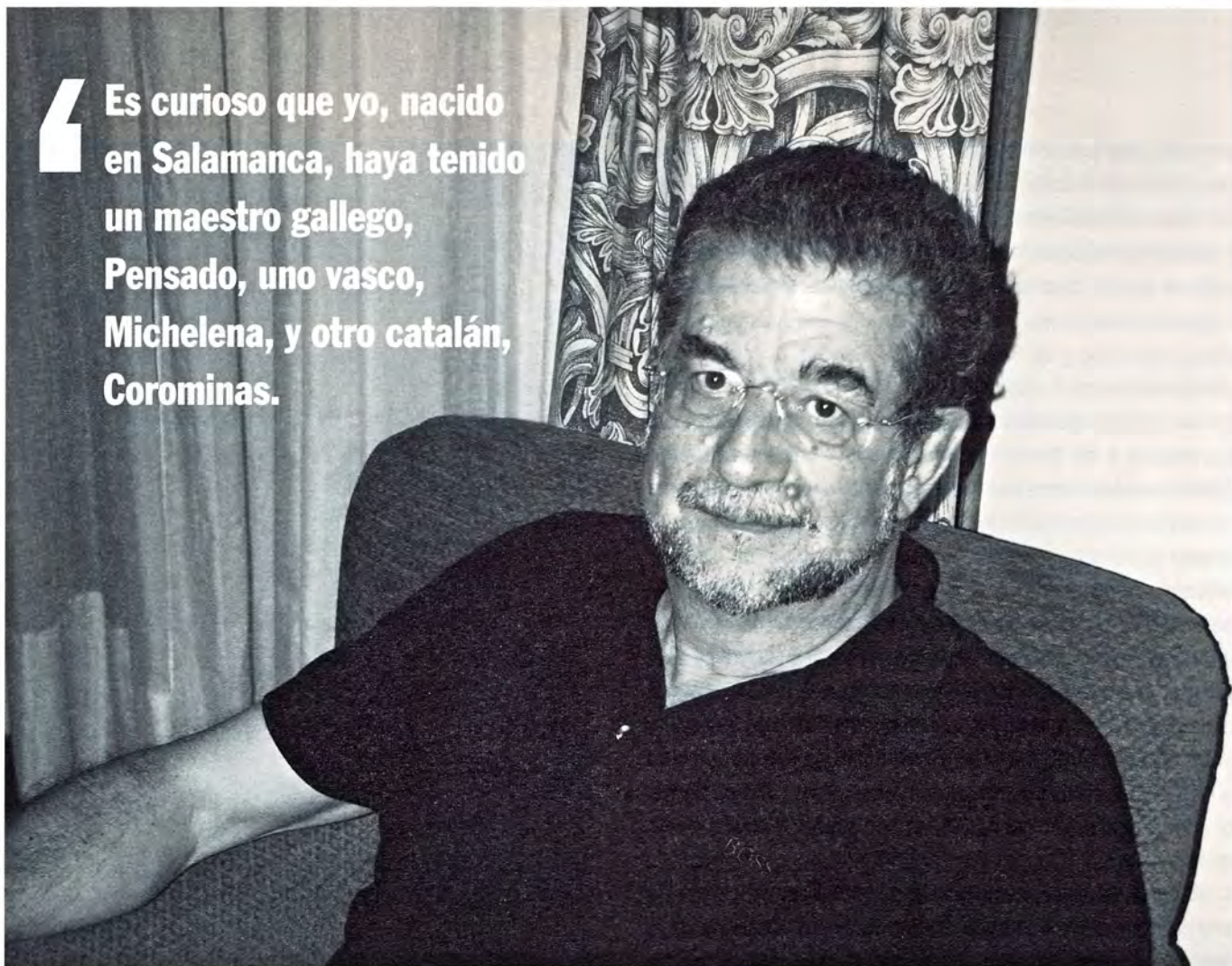
De Michelena a Corominas

—Sus dos grandes maestros, Corominas y Michelena, tuvieron una vida complicada: la cárcel, el exilio...

—Es curioso que alguien como yo, nacido en Salamanca, en la España profunda, haya tenido un maestro gallego, Pensado, uno vasco, Michelena, y otro catalán, Corominas. A Corominas lo conocí por un azar. Al terminar mi tesis doctoral me sentí decepcionado. Esperaba de los miembros del tribunal una discusión sobre los problemas que planteaba en mi tesis, en la que había puesto tanto esfuerzo como entusiasmo. Esa falta de interés de un tribunal —que por otro lado me trató magníficamente y me calificó por todo lo alto— me desalentó tanto —¿A cuántos no habré desalentado luego yo con mis intervenciones en las tesis?— que decidí abandonar la Universidad e irme a un instituto, pues al poco de licenciarme había obtenido una cátedra de Enseñanza Media, en la que había ejercido poco más de una semana. Michelena se enteró por mi mujer de mis intenciones y para disuadirme de tomar esa decisión, me sugirió que mandase la tesis a Corominas: «¿Pero vive todavía?», le pregunté. «Pues, claro. Te puedo dar su dirección», me respondió. Al poco de enviarle la tesis, Corominas me escribe una carta de cinco apretadísimas páginas llenas de observaciones, muchas de ellas negativas; pero en el último párrafo me propone que vaya a trabajar con él. Estoy seguro de que Michelena había hablado antes con él, aunque nunca me lo dio a entender.

Eran dos espíritus completamente distintos. Michelena, el refinamiento absoluto; incapaz de publicar un trabajo, por modesto que fuera, sin tratar de convertirlo en una obra maestra. Corominas, convencido de que «lo mejor es enemigo de lo bueno», podía sacar adelante algunas lucubraciones, en las que no le importaba que quedaran unos cabos sueltos. Michelena hizo cosas decisivas: para mí su *Fonética histórica vasca* o su *Lenguas y protolenguas* son los libros más estimulantes de la Lingüística europea de la segunda mitad del siglo veinte. Habiendo convertido la Filología vasca en una disciplina científica, se entiende que tuviera la autoridad científica para lograr

Es curioso que yo, nacido en Salamanca, haya tenido un maestro gallego, Pensado, uno vasco, Michelena, y otro catalán, Corominas.



la normativización del vasco, por medio del euskara batua, es decir el vasco uniformado. En la Universidad del País Vasco existe ahora un departamento de Filología vasca que no tiene nada que envidiar a los de Filología de otras universidades; y eso tiene mucho que ver con Luis Michelena, una persona a la que los riesgos de su actividad política en plena dictadura no le impidieron realizar su sorprendente obra científica.

—¿Hubiera llegado a terminar Michelena la primera edición de un proyecto tan ambicioso como el de Corominas como podría haber sido un diccionario etimológico vasco?

—Seguro que no. Era un trabajo descomunal que no se podía sumar a otras abultadas tareas que había emprendido el filólogo. Resultaba prematuro tratar de abordar un diccionario etimológico en esa lengua vasca, tan llena de ideas fantásticas sobre el origen de sus voces. Pero más importante aún que su obra personal es que enseñó a pescar a sus discípulos y, fijándome solo en el dominio etimológico a que te referías, el profesor Joseba Lakarra, puede, por su formación, continuar la obra cuyos cimientos sentó Michelena.

Corominas era otra cosa: se sirvió de un modelo inductivo, basado en la comparación, para realizar sus prodigiosos

diccionarios, apoyándose en unos conocimientos lingüísticos inusuales en aquel momento en nuestro país. Construir la red etimológica de nuestra lengua suponía mantenerse en la Lingüística que muchos llamamos con orgullo tradicional, abandonando lo más novedoso, pues el riesgo mayor de esta labor era que quedara a medio hacer. Corominas llevó a cabo unas cuantas obras ciclópeas y ahora a nosotros no nos resulta demasiado difícil rehacer una parte de ese impresionante trabajo, gracias a la enorme cantidad de datos de que disponemos e incluso a algunos apoyos metodológicos que podemos encontrar en la Lingüística actual. Michelena, por el contrario, fue modificando su modelo, pendiente de todos los cambios que iban surgiendo en la Lingüística de su tiempo, aunque también fue capaz de situarse a contrapelo de ellos.

—¿Cómo era un día de trabajo con Corominas?

—Empecé a ayudarle en el año 72, al poco de cumplir treinta años y terminé el trabajo siete años después. Yo llegaba a su casa, en Barcelona, a las nueve de la mañana, salía a comer a la una, regresaba a las dos y media, y permanecía allí hasta las nueve de la noche. De nueve a nueve. A principios de mayo los alumnos desaparecían de las clases, lo que me

permitía irme a Barcelona hasta finales de septiembre. Viajaba allí con mi coche y me pagaba mi hotel. Casi cinco meses permanecía allí, interrumpidos un par de veces para ir en junio y septiembre a Salamanca para examinar, y otras dos veces más en agosto para ver a mi familia en Fuenterrabía, donde veraneábamos; luego volvía a pasar allí las vacaciones íntegras de Navidad y de Semana Santa. Eso fue al principio, ya que poco a poco, a partir del tercer año, fui acortando mis estancias, compensándolo con el trabajo que hacía en Salamanca, gracias a las fichas que me llevaba. El maestro intentó darme un sueldo para hacer este trabajo —no olvides que entonces era impensable una ayuda para la investigación y un trabajo como este generaba gastos gravosos para un profesor adjunto—, pero llegamos al acuerdo de que yo iba a ayudarlo, a cambio de aprender de él. Solo esperaba que me citase en el prólogo de su diccionario, cuando saliera: así, si no me sentía contento o me aburría, podía irme sin que pasara nada. A pesar de que entonces yo era doctor, catedrático de Instituto y profesor adjunto de la Universidad, allí me encontraba como un simple aprendiz que no entendía casi nada. Al mes de haber empezado a trabajar con él, no podía más. Estuve a punto de renunciar.

Aparte del trabajo, era duro estar en Barcelona: el primer año que llegué hacía un calor insoportable y, a diferencia de lo que ocurre ahora, se comía muy mal. Al verme desanimado, se le ocurrió a Corominas que trasladásemos el lugar de trabajo a Pineda de Mar, donde tenía una modestísima «torre» en la que solía refugiarse de vez en cuando. Era en principio un lugar al que se acogía algunos fines de semana para cambiar de horizonte, no para dejar de trabajar; pero visto lo bien que nos encontrábamos allí, abandonó —abandonamos— definitivamente Barcelona. En Pineda había buenos hoteles, pero estaban todos ocupados, de modo que terminé encontrando una habitación en un modestísimo hotel del pueblo, donde me sentí como en casa.

—Se habla mucho de los errores del Corominas. ¿Eran inevitables?

—Un buen amigo de don Vicente García de Diego trató de explicarme, hace ya algún tiempo, que su venerable diccionario etimológico no era comparable al de Corominas, por no haber podido disponer de la ingente masa de materiales con que había contado el filólogo catalán. ¡Pero si Corominas no tenía nada! Hizo el diccionario exiliado, en una ciudad argentina a la que había llegado con lo puesto y donde no encontró ni el *Diccionario* de la Real Academia Española. Hacía no sé cuantas horas de viaje desde Cuyo a Buenos Aires para recopilar todas las fuentes posibles y extraer sus datos. Más tar-



de, en Chicago, con más medios, las condiciones seguían siendo muy precarias. Este viajero ligero de equipaje se pasó siete años de su vida papeletizando los libros y revistas que lograba encontrar. Por eso, ahora con los ficheros que tenemos en la Real Academia Española va a ser fácil llegar en algunos casos a soluciones que él difícilmente hubiera podido alcanzar; pero, como habría dicho él mismo: «Eso puede hacerlo cualquiera, lo difícil es contar con el método, la preparación y la intuición para afrontar los problemas difíciles».

Durante nuestra colaboración, hubo momentos en que me desanimé: sin ser un gran experto en lenguas, me las apañaba como podía con varias de ellas, pero se me presentaban problemas graves con el léxico de origen prerromano y árabe, ámbitos en los que me sentía —y sigo sintiéndome— muy inseguro. Leí una gran parte del diccionario vasco de Azkue y durante el curso decidí asistir a las clases de indoeuropeo y a un curso de Historia de la lengua latina que daba Michelena. Pero ya era tarde para lograr comparar mi formación con la

Para mí, el ordenador es un artilugio imprescindible. Sin estas máquinas no podríamos construir hoy en día un diccionario, y además han permitido que se haya dado un importante salto cualitativo en la Lexicografía.

que Corominas había adquirido desde casi su adolescencia y con tanta inteligencia —esto se ve muy bien en su correspondencia con Menéndez Pidal—. Durante mi colaboración con él, en el momento en que llegué a sentirme seguro en el trabajo, había entre maestro y discípulo el mismo desequilibrio que puede darse entre la perezosa forma de jugar al baloncesto de unos colegiales y las tácticas que desarrollan los gigantes de la NBA. Él se pasaba el día lanzando triples mientras yo esperaba debajo de la canasta intentando lograr alguna cesta.

—Desde un punto de vista más personal, ¿cómo es la relación que se crea entre ustedes a lo largo de esos siete años?

—Corominas actuaba con una educación impecable, pero también con frialdad. Cuando yo llegaba a su casa, el ritual era siempre el mismo: se levantaba, me daba la mano y luego se volvía a sentar y trataba de que le interrumpiese lo menos posible durante el resto del día. Claro, yo tenía muchas cosas que preguntarle, pero él estaba embebido en lo suyo y cuando al final conseguía que me escuchara, no derrochaba paciencia. Desde luego, no había que molestarlo mucho; a veces podías pasar días esperando un dato que necesitabas para continuar. Bajo la máscara de esa educación tan exquisita, no podía ocultar un gran cariño hacia mí y hacia otros discípulo suyos. Y no poca paciencia para conmigo, que no ponía el menor reparo a que fumara a diario dos paquetes de tabaco en el despacho en que trabajábamos. Se trataba, por otro lado, de una persona muy sensible: todos los domingos íbamos al monte por la mañana, subíamos juntos, a veces por caminos difíciles, y recitaba de vez en cuando algún poema y se extasiaba con la belleza de la naturaleza. Solía darme en esos descansos alguna que otra lección de etimología, toponimia y, de un modo indirecto, de la forma de vivir de quien fue capaz

de dejar de lado el interés por cualquier honor, por cualquier forma de gloria que no fuera la que se deriva del placer del trabajo bien hecho. El domingo por la tarde Corominas atendía a la correspondencia. Ese era mi descanso, gracias a que no había por entonces teléfonos móviles.

Las leyes de la semántica

—Hablando de los teléfonos móviles, ¿cómo ve la irrupción de los ordenadores alguien que trabajó durante tantos años con ficheros?

—Una vez se enfadó el maestro con un amigo que le llevó un ordenador a su casa, por tratarse de una máquina inhumana. De hecho, él no lo necesitaba, pues su memoria estaba sobrada de megas. Quienes no tienen memoria se consuelan pensando que esta es la inteligencia de los tontos. No es cierto: no he visto memoria mejor que la de Michelena y la de Corominas, que no hacía sino reforzar su inteligencia. Para mí, en cambio, el ordenador es un artilugio imprescindible. Sin estas máquinas no podríamos construir hoy en día un diccionario, y además han permitido que se haya dado un importante salto cualitativo en la Lexicografía. En este momento, con sólo acceder al corpus del Diccionario Histórico, que comprende 52 millones de fichas lematizadas, al fichero en papel de la Academia, ya digitalizado, y a Google, un filólogo puede trabajar en condiciones impensables hace veinte años. Es más, puede resolver, como te he dicho, muchos problemas que Corominas no podía ni siquiera plantarse. En el pasado un diccionario se concebía en papel; ahora debe organizarse desde el principio en soporte magnético, lo cual permite relacionar mejor sus partes. A veces el ovillo de significados está tan enmarañado que solo informáticamente se pueden desbrozar los caminos interpretativos, que luego el lexicógrafo podrá recorrer en las mejores condiciones.

—Esta revolución me hace pensar en el correo electrónico: por mucho que mejorase el servicio postal, aunque las cartas salieran en el primer avión nada más echarlas al buzón, nunca se conseguiría la inmediatez con la que cruza el océano un correo electrónico. Alguna vez le he oído decir que en la combinación de unos pocos rasgos fonológicos se asienta las infinitas posibilidades que tienen los hablantes para expresarse. ¿Contribuirán los ordenadores a hacer algo parecido con la semántica?

—Estamos lejos de aquel momento en que se pensaba que se podía trabajar con las palabras, o si prefieres, por decirlo de una manera más pedante y precisa, con las unidades de la primera articulación, con los mismos criterios que se aplicaban al estudio de los fonemas; tan lejos como estamos

también de la época en que se pensaba en la posibilidad de dar con leyes evolutivas semánticas, paralelas a las leyes fonéticas. Lo que sí podemos hacer es organizar modelos, dentro de un catálogo de posibilidades. Pensemos en la palabra «ciclópeo», que creo haber empleado antes. Hay dos rasgos caracterizadores en un cíclope: su tamaño y el hecho de tener un ojo; pero una obra ciclópea no requiere que se haya hecho con un único ojo. Los hablantes han seleccionado, sin motivo aparente, uno de los rasgos, el de la altura, para crear un derivado y ello, a pesar de la cantidad de términos de que disponemos para referirnos a lo gigantesco. Te he dicho que sin motivos aparentes, aunque podemos encontrarlos cuando organizamos los cambios dentro de un marco de posibilidades, bien estudiadas por la Retórica. Podemos dar con estos patrones de comportamiento, como el que lleva a que un verbo de presentación se pueda convertir en un verbo de interpretación: es lo que ha llevado a que «antojarse», que significaba 'aparecerse', 'ponerse delante de los ojos', tenga ahora un significado totalmente distinto en «se me antoja que me mientes», igual que *parecer*, que significaba 'aparecer', lo empleamos ahora de otra manera cuando decimos «me parece que mientes».

Para el *Nuevo Diccionario Histórico* tenemos que basarnos en estos moldes del cambio. En palabras como *encalar*, *blanquear*, *enjalbegar*, *estucar*, etcétera, encontramos casos en que se emplean, generalmente con mala idea, en referencia a las mujeres que se maquillan demasiado. Este cambio metafórico de significado, común a estas voces, es un esquema que nos permite organizar significados más allá de la palabra aislada. Es el punto de partida para establecer esos esquemas evolutivos; y esto no se hubiera conseguido si no contáramos con los recursos informáticos. Aunque sea solo por el cansancio que implicaba organizar a mano todo este amplísimo número de hechos: hasta ahora el lexicógrafo tardaba tanto en organizar sus materiales que, cuando por fin lo lograba, estaba demasiado cansado para acudir a la Semántica, para encontrar en ella un apoyo para interpretarlos.

Etimologías populares

—*María Moliner quería agarrar todas las palabras que encontraba en los periódicos. ¿Qué lee usted con más interés filológico: la prensa o a los escritores contemporáneos?*

—Últimamente paso por la prensa como sobre ascuas, pues no logra atrapar una información en que se cuenta siempre una historia que conozco de antemano: el paro, las relaciones iracundas entre los políticos, y esas malas novelas policíacas por entregas de la colección «Gürtel and Com-

pany»... He llegado a la situación de no leer más que los titulares y cuatro o cinco columnas periodísticas. En esto se ha convertido hoy mi relación con la prensa. Por ello, he vuelto a entregarme en manos de los novelistas. Acabo de disfrutar de la lectura de unos relatos de Agustín García Simón y de la última novela de Luis Mateo Díez. He terminado de leer hoy mismo una especie de novela gótica de César Aira, *Ema*, y alterno unos relatos de Ricardo Piglia —que me están impresionando tanto como me impresionó en su tiempo Truman Capote— con las poesías de José Emilio Pacheco. Mi problema es que a veces el interés de las palabras con que me topo en estas obras me hace fijarme en ellas, detenerme, darles la vuelta; con lo que termino perdiendo el hilo de la narración. Así, muchas veces, buscando la diversión en la literatura, termino abriendo, sin darme cuenta, la puerta a mi trabajo.

—*En su discurso de ingreso en la Real Academia, La Historia como pretexto, se centró en las etimologías populares. ¿Puede explicarnos alguna?*

—Cuando empezamos la entrevista me refería a una etimología de *universidad* que tanto juego da a los rectores para sus discursos inaugurales; me interesa añadir ahora que esa explicación inventada termina adentrándose por el significado mismo de la palabra, de modo que hoy quienes pensamos que la Universidad ha de ser un organismo abierto al ancho mundo hemos terminado por dotar a esa palabra de un rasgo de universalidad que aparenta ser el etimológico. Pero las etimologías populares que más me interesan son las menos pretenciosas, como es el caso de los humildes *entremozos*. Así llamamos los salmantinos a los altramuces, haciendo entrar a los mozos, al adoptar de esta forma el portugués *tremoços*. La etimología popular es una prueba del interés que tienen los hablantes por descifrar la razón de un significado. Al principio nos preguntamos «¿Qué rayos querrá decir sazón?» —es una pregunta que acaba de hacerse Juan José Millás en un artículo—. Y si no damos con el significado nos sentimos tan perplejos como se siente Antonio Gamoneda en sus memorias ante un *monte de piedad*. Otra cosa es que nos entre una pequeña desazón cuando nos enteramos de que esa palabra nada tiene que ver con los montes, sino con el italiano «*monte*», la cantidad de dinero. Porque la realidad no es siempre más atractiva que la fantasía.

No siempre, pero sí cuando se trata de evocar el paraíso perdido de un joven que entró en la Facultad de Letras de la Universidad de Salamanca como podía haberlo hecho en cualquier otra, pero salió de allí, tras unos años de aprendizaje ricos en lecturas y en maestros, dispuesto a completar una de las aventuras más apasionantes de la Lingüística histórica del siglo XX. ■ ■